

Meditaciones sobre el bachillerato

Recuerdo que en los tiempos en que fui alumno de nuestros liceos oí a un viejo inspector general de la Universidad, M. Lacheller, recomendar a nuestros profesores que no recargasen demasiado nuestra memoria. «Los conocimientos técnicos que habrán de ser necesarios a cada hombre en el curso de su vida, decía, los adquirirá fácilmente si desde luego tiene el espíritu *bien formado*.... El encargo de la enseñanza secundaria es el de formar el juicio y dotar a los jóvenes de un método y un vocabulario.... Napoleón decía: 'Se enseñará principalmente el *latín* y las *matemáticas*....' y tenía razón. El latín y las matemáticas, bien enseñados, bastan para asentar los fundamentos sobre los cuales el hombre habrá de construir más tarde».

Pensaba yo el otro día en ese agrrio inspector, chapado a la antigua, vigoroso y sensato, al leer los temas de composición impuestos a los candidatos al bachillerato en 1931, y al compararlos con los que se nos exigían hacia 1902.

¡Cuán complejos son estos temas!, me decía para mis adentros; pruebas más numerosas, programas más pesados.... ¿Habremos de concluir que la raza humana hace progresos increíbles? ¿A la vuelta de veinticinco años el cerebro de los adolescentes se presenta tan desarrollado que, problemas que nos hubieran amedrentado y vencido, hayan venido a ser para ellos cosa de un fácil juego? Confieso que no lo creo. Un cuarto de siglo es bien poco en la evolución de un tipo animal. Puede que la guerra, lo dificultoso de los tiempos hayan avivado las curiosidades; pero la fuerza de espíritu de un niño de quince años permanece hoy casi lo mismo que era doscientos años há. Y aun me pregunto si el régimen de sobrealimentación intelectual que se impone hoy a los nuestros no tiende más bien a destruir esa fuerza?

¿Quién sostendrá que nuestras graduadas en bachillerato son más cultivadas que lo fueron, de niñas, Madama de La Fayette o Madama de Sevigné?

Lo cierto, según me parece, es que es inútil para un adolescente conocer un gran número de hechos; lo importante para él es conocer un corto número, pero conocerlos *perfectamente*, comprendiendo las relaciones que los unen y montar en el espíritu una buena armazón y sólidos cuadros en los cuales vengan luego a tomar su puesto los conocimientos que se adquirieran en el curso de la vida. Se ha hecho burla de ciertos métodos de enseñanza de antaño; ellos tenían empero su lado bueno. En historia, era excelente obligar a los niños a aprender de memoria algunos resúmenes, a repetir hasta la saciedad algunos datos que venían a constituir puntos estables de referencia. Guardo un profundo reconocimiento por dos hombres: un profesor de matemáticas que me construyó a familiarizarme perfectamente con los cuatro primeros libros de geometría, y un profesor de física que me hizo escribir cien veces bajo su dictado las grandes leyes de la pesantez, de la óptica y de la electricidad. El resultado ha sido que, después de treinta años, todavía le oigo dictar: «A una misma temperatura (subrayad cuatro veces, lo vais a olvidar el día del examen), los volúmenes de una misma masa de gas...» Si yo conservo un gusto vivo por las disciplinas científicas, si hallo gran placer en tratar de comprender los nuevos descubrimientos de la física, lo debo a esos dos hombres que me enseñaron, por medio de sencillos ejemplos, la gramática de la ciencia.

Se echará de ver aún más la agobiante complejidad de los programas cuando uno hace, objetivamente y con sinceridad, el balance de lo que sobrevivirá de ellos en el tiempo de la madurez del espíritu. Y no hablo de conocimientos adquiridos después del liceo. Los más de entre nosotros, que han consagrado su vida a cierto tipo de

actividad, se han provisto como convenía, en vista de esa actividad. Pero ¿qué queda en nosotros de los conocimientos que la vida no nos ha impuesto la precisión de reconquistar? ¿Cuántos hombres, y quiero hablar sólo de los más cultivados, serían capaces de soportar la prueba de su bachillerato a los sesenta años? ¿Cuál es el gran químico que hiciera su versión latina o el grande escritor que diera con la solución de un problema de física? Se me ha referido que un profesor de la Sorbona, encargado de examinar a los candidatos para el bachillerato, tuvo una de esas noches un sueño medroso: le tocó el turno de ser examinado y un examinador severo le propuso cuestiones fáciles, apremiantes, y no pudo responder.

Nosotros todos somos ese profesor. ¿Qué sabe de la historia de Francia el francés que ha llegado al medio de la edad? Algunos datos: Carlomagno coronado Emperador el año de 800; la batalla de Marignan el 15 de septiembre de 1515; el tratado de Westfalia en 1648 (y aun esto es de seguro ignorado por no pocos de esos franceses); la toma de la Bastilla el 14 de julio de 1789; la caída de Napoleón en 1815.... Y algunas ideas generales que, por lo común, son falsas.... ¿Qué sabe de la historia de Alemania, de Inglaterra o de Rusia? Casi nada.

¿Qué sabe de la geografía de los países que no ha visitado? ¿Dónde está el hombre de cuarenta años que sabría diseñar aproximadamente el curso del Volga? ¿Dónde, los papás que pueden resolver los problemas de espigas de un alumno de séptima o calcular el volumen del tronco de pirámide? Sería bien divertido escribir la enciclopedia del hombre en plena mitad de la vida, en donde se hiciese figurar solamente lo que todo el mundo sabe: ciencias, letras y artes cabrían en veinticinco páginas.

•Un padre de familia de mis amistades decía a un hijo suyo que acababa de fracasar en el bachillerato: «Pero, infortunado, si tú no te resuelves a aprender nada, ¿cómo te las habrás luégo para olvidarlo todo?»

La palabra es profunda. No prueba, ciertamente, que no hay que aprender nada, sino, al contrario, que hay que aprender *poco pero bien*, para olvidar lo menos posible. Sumergir un espíritu no es formarlo. «Se enseñará principalmente el *latín* y las *matemáticas....*» Si nuestros bachilleres, al salir del liceo, saben traducir un texto latino sin contrasentidos, en un francés impecable y resolver bonitos problemas de geometría elemental con precisión de lenguaje, yo estaré tranquilo acerca de su porvenir intelectual. La educación tiene por único objeto forjar el instrumento; las obras nacerán más tarde si ese instrumento es bueno y el obrero sabe trabajar.

ANDRÉ MAUROIS

(Traducido por F. M. Renjifo, de *Le Journal* de París, número 14,146, del 11 de julio de 1931).

